



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora  
DE PAPELEl Porvenir  
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 20 DE OCTUBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

# El trapecio desbocado

LA CARTA DE MI EXSUEGRA  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En mi cartera guardaba la fotocopia de una carta. Me la había enviado mi exsuegra cuando su hija y yo ya nos habíamos separado. Ya lo he dicho; mi exsuegra solía decir que yo era su yerno favorito. La carta la escribió como respuesta a un envío que le hice.

Seis años atrás, yo había escrito una Memoria, entre 2011 y 2013, apenas recién me había divorciado. No es que se me hubiese ocurrido escribirla, sino que ese texto se convirtió en una necesidad: la única manera en que podía detener mi llanto. Lo he contado muchas veces y aquí va de nuevo. En 2011, regresé de un viaje a Monterrey de un mes. Nuestra relación estaba en crisis. Tuve un romance de primavera en aquel tiempo y eso terminó por concluir las cosas. Para cuando regresé a la Ciudad de México, Delaira estaba completando su mudanza. Dejaba el departamento. Ya no pude decirle que la amaba. Se fue.

Yo me mudé a vivir con un músico octogenario. Pero la música no era mi escape. La música se volvió el limón y la sal sobre la herida. Lo que me curaba era escribir anécdotas que había vivido con Delaira. Eso me sanaba y detenía el llanto. Completé quinientas cuartillas narrando mi relación con ella. Tardé veinte meses en completar el borrador y corregirlo. Yo soñaba que vendería ese libro en un millón de pesos. Digamos, lo que gané en mi primer trabajo como economista en un año, sueldo que con el que ya no contaba. Estoy hablando de pesos mexicanos de 2005.

Terminé el manuscrito y contacté a Delaira. Le dije que iba a publicarlo; por si lo quería leer. A ella le gustaba escribir. Nos conocimos en Boston, allá por 1999, cuando ella estudiaba escritura creativa en la Escuela de Extensión de Harvard. Y la Memoria era un género que disfrutaba leyendo, según constaté en los casi diez años que vivimos juntos, algunos de ellos en matrimonio. En el fondo, escribí aquella Memoria creyendo que con ella la recuperaría. (Las cosas con las que nos engaña Dios). Pero en realidad, no era más que un testimonio de nuestra relación y de lo que yo había sufrido al separarnos. A alguien en El Vaticano le serviría más es testimonio.

El punto es que leyó la Memoria y no me sugirió que volviéramos. ¿Estaba yo esperando que me lo pidiera? Estaba atento a alguna reacción y no la percibí. Decidí no enseñarle el texto con la parte de mi agonía al final de nuestra historia. Guardé el manuscrito en una caja: seis años, hasta que un colega en el trabajo se enteró de que yo tomaba Risperidona como medicamento. Él era doctor, médico. Le expliqué de mis eventos psicóticos. Y sobre la Memoria en la que escribía sobre ellos. Entonces me invitó a comer con otro graduado de Harvard, de la carrera de física, que sufría de no sé qué padecimiento. Entre los dos me animaron a publicar la Memoria.

Lo hice en 2019. Se vendieron veinte copias. No pasó nada, como nunca suele pasar nada en la vida de alguien que publica una novela. Uno a veces se ilusiona con que nuestro mundo va a cambiar como resultado del acto literario, pero no pasa nada; absolutamente nada. Mandé



imprimir seis o siete copias para mí, para obsequiarlas.

Y otro día, platicando con otro amigo, mi jefe Miguelón, le comenté que tenía una copia y pensaba regalársela a mi exsuegra. Le dije que siempre había llevado una buena relación con ella. "Sí, regálase", me dijo. Yo tenía todavía un ligero recuerdo de su dirección en mi memoria y con ayuda de Google Maps, pude confirmarla. Le envié el libro por paquetería y no dedicatoria.

Por eso me escribió aquella carta que, durante años, llevé en mi cartera en forma de fotocopia. Me deseaba lo mejor en la vida. Y me agradecía que le hubiese enviado mi libro. Me dijo que me escribiría cuando terminara de leerlo. Pero nunca más me escribió. No supe si algo hubo en el texto que no le gustó, o simplemente de tristeza nunca terminó de leerlo. Pero yo guardé mucho tiempo su carta en mi cartera, hasta que le di paz y la archivé. Era un simple pedazo de fotocopia de un texto escrito en computadora, aunque ya no recuerdo si con la firma autógrafa.

Alguien se interesó por el manuscrito de mi Memoria. Hay una canción famosa sobre él, que anda por ahí. Me lo robaron hace años y alguien pagó treinta millones de euros por El Manuscrito, aunque ese dinero no fue para mí. Espero que a Delaira le sirva y haya entendido tanta angustia que viví.

UNA CARTA DEL PASADO  
OLGA DE LEÓN G.

Recibir y enviar cartas, en los años de la década de mil novecientos sesenta, era lo común y corriente en la comunicación a distancia, pues si se prefería hablar por teléfono, particularmente al extranjero, debía tenerse en cuenta que sería un verdadero lujo, ya que resultaba muy costoso. Por eso, el telégrafo jugó un papel preponderante, cuando la comunicación era breve y más o menos urgente.

Más tarde, cuarenta años después, la cibernética se desarrolló rápidamente y la comunicación por medio de la telefonía móvil acercó a la gente, a los países, y al mundo en general, abaratando el costo.

Hoy, cualquier persona, incluso un niño de cinco o seis años, con acceso a un celular, puede entrar en contacto con sus abuelitos, primos o amiguitos, aunque vivan del otro lado de las rocallosas, o del océano.

Las cartas empezaron a escasear y lo peor de todo ha sido que perdieron su encanto: la zozobra de su espera, el misterio de cuándo, él o ella, la recibirá; así como la emoción de esperar por una respuesta...

No obstante, existen especímenes un tanto extraños que continúan escribiendo cartas, cartas significativas, al menos, para ellos, sus redactores. Que si bien no

las envían a un particular, si las escriben para sí mismos y, a veces, suelen publicadas en algún rotativo o periódico, nacional o local.

Tal es el caso de esta carta que encontré por casualidad o mero azar del destino, que me la puso ahí, para que yo la viera, o mejor dicho, la volviera a ver. Y, a la letra, decía así (muy a la usanza del siglo pasado):

"Mi muy querida y estimada amiga:

Espero que cuando vuelvas a estas letras, los años transcurridos no hayan dañado tu entusiasmo, ni tus ganas de comerte al mundo, aunque sea en partes pequeñas; ni que hayas perdido el rumbo que siempre quisiste seguir, el de la libertad, la autodeterminación, la justicia y la verdad, por dondequiera que hayas decidido caminar. En otras palabras, que el espíritu de la juventud siga alentando tu brújula y guíes con él tu destino (...) Ojalá mi nombre suene suave o grave en el mundo, al menos en mi pequeño mundo; y, ¡ojalá!, sea respetado mínimo por los míos: hermanos e hijos." ¿Seré abogada, filósofa, traductora, escritora...? Qué será, qué carrera habré de concluir... No lo sé. Me interesan tantos conocimientos, mas no sé en cuál o cuáles tengo mejores y más posibilidades. ¿Si escribo, publicaré o solo escribiré para mí? Me gustaría viajar al espacio, ser astrónoma, mas no he elegido ese rumbo". Y sigue...

"¿Qué saben los jóvenes de la vida? ¿Qué sabemos de ella, ahora, los viejos? Muy poco, pero algo es seguro, si somos sensatos, seguiremos aprendiendo, quizás podamos volver al pasado a través de nuestras cartas de juventud, y confirmar, sin rencores ni aspavientos contra la vida, dios, el destino o nosotros mismos, que todo ha sido como debió ser o como tenía que ser, nos guste o no. Y, más vale que si nos guste, de forma contraria, nos convirtiremos en unos tristes y despreciables amargados".

Algo llamó mi atención de esa carta, en ningún renglón hablé del amor, del enamoramiento, el matrimonio o la vida con una pareja, o de los hijos que desearía tener. Acaso, ¿no sería eso mi prioridad, entonces? Pues sí, no lo era. Mi prioridad era estudiar una carrera y seguir con algún posgrado, en el extranjero, ¡claro! Y, en este punto tengo que reconocer que el destino nos jugó rudo a mi madre y sus seis hijos: la muerte nos arrebató a nuestro padre, cuando la mayor (yo) contaba con veintiún años, y el menor, apenas si once.

C'est la vie. Y, sin embargo, el mundo se siguió y sigue moviéndose bajo mis pies. Todo fue como tuvo que ser, para mí y mis hermanos y mi pobre y enferma madrecita santa. La carta la conservo como testimonio de la que fui y sigo siendo... A pesar de los pesares, me parece que esta familia hizo más de lo que podían esperar muchos.

Gracias a la vida. Gracias al traicionero destino. Gracias al mundo ingrato y cruel. Gracias a la gente buena que siempre es más que la mala. Gracias a mis padres por la vida, su amor y la educación que nos dieron, en su corto tiempo con nosotros. Gracias al mundo imperfecto y en formación constante.

No soy la que fui; pero sigo intentando ser. a cada paso que doy.



Stéphane Hessel

El destino de Stéphane Hessel, diplomático retirado que había nacido en Berlín y se había criado en Francia, cambió cuando en 2010 aterrizó en las librerías un manifiesto de 32 páginas que llamaba a la rebeldía de la juventud, a quien gritaba "¡Indignaos!". Aquella obra, vendida por millones en todo el mundo, sacó del anonimato a un hombre que ya por entonces contaba con 93 primaveras, que pasaba por ser el último redactor vivo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 y que había esquivado la muerte en varias ocasiones.

En la resistencia francesa contra los nazis y en los campos de concentración de Buchenwald y Dora-Mittelbau, una experiencia vital que marcó su vida y forjó su carácter, comprometido con las causas que consideraba justas. Una muerte que a Hessel le ha llegado a los 95 años en París y que en 2011, cuando viajó a España para promocionar su biografía, aseguraba agardar con serenidad y "con un cierto apetito".

En los últimos años de su vida, Hessel se convirtió en la voz de la conciencia de una sociedad que escuchaba con esperanza su llamamiento al compromiso, su grito de "¡Indignaos!" que fue tomado por bandera por movimientos de todo el mundo desesperados con la injusticia. Fue la guinda a una existencia apasionante, iniciada en Berlín el 20 de octubre de 1917, en el seno de una familia formada por un escritor judío y una berlinesa apasionada por el arte, que le inculcaron el gusto por las letras que el joven Stéphane desgranaba con pasión. A los 8 años se instaló en Francia con su madre y entró en contacto con Apollinaire, Baudelaire, Goethe o Rimbaud, con los que se infectó del virus de la poesía que le acompañó el resto de sus días. En sus años de escuela en el colegio alsaciano de París conoció a Marcel Duchamp, André Breton o Pablo Picasso y posteriormente ingresó en la Escuela Normal Superior que le auguraba una carrera en la administración pública. En 1937 obtuvo la nacionalidad francesa y dos años más tarde fue llamado a las armas ante el ataque alemán.

Tras combatir en varios frentes durante dos años, se unió a la resistencia francesa de Londres, pero en 1944 regresó a Francia, donde fue detenido por la Gestapo y deportado al campo de concentración de Buchenwald. Allí dio esquinazo a la muerte al cambiar su identidad con la de otro deportado fallecido de tifus, lo que le hizo salvarse de la horca. Varias tentativas de fuga y el paso por diversos campos de concentración se saldaron con una evasión del tren que le trasladaba a Bergen-Belsen. Al final de la Segunda Guerra Mundial ingresó en la diplomacia gala y fue nombrado para la secretaría general de las recién nacidas Naciones Unidas, donde participó en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Un combate que, desde puestos diplomáticos, llevó por África y Asia, hasta que François Mitterrand le nombró embajador de Francia en ese organismo.

Comprometido con la izquierda, Hessel ocupó puestos ministeriales en los gabinetes socialistas hasta que se jubiló. Pero su compromiso continuó con causas como el conflicto israelo-palestino o la acogida de los inmigrantes. Hasta que su grito alcanzó una fuerza enorme con la publicación de "¡Indignaos!" en el otoño de 2010, en una pequeña editorial del sur de Francia, sin ruido ni promoción mediática, pero que encontró un eco enorme en una sociedad necesitada de referentes.

ad pédem literae

No hay cosa que haga más daño a una nación como el que la gente astuta pase por inteligente

Sir Francis Bacon

Letras de  
buen humor

La amistad duplica las alegrías y divide las angustias por la mitad

Sir Francis Bacon

Mónica Lavín

## Codo a codo con Silvia Molina

Primero fue leer al poeta José Carlos Becerra. Un amigo muy especial me regaló El otoño recorre las islas (Ediciones Era, 1973). Es un libro que atesoro, lo he subrayado, un poema es punto de partida de mi novela Hotel Limbo. Y luego fue la novela de Silvia Molina La mañana debe seguir gris. Aún no conocía a la autora. Tampoco sabía que el trágico accidente del poeta tabasqueño en una carretera en Italia en mayo de 1970 era parte de la vida de Silvia. Material de esa novela. Una joven ilusionada, una joven que reconoce que para vivir ese amor hay que trasgredir. Aventarse. Vencer el celo de la tía con la que vive en Londres porque ha ido a aprender inglés, mientras los Beatles están trastornando el aire y todo es juventud en amorosa rebeldía. El destilado del corazón en la novela de una escritora naciente le valió a Silvia Molina el premio Villaurrutia (de escritores para escritores) en 1977. La novela no ha perdido entusiasmo por parte de los lectores. El FCE la reeditó el año pasado y la novela corta vuelve a llegar a lectores que no la conocían: jóvenes y de todas las edades. Hace una semanas me deleite con la adaptación y puesta teatral de la

Compañía Nacional de Teatro en su sede en la bella calle de Francisco Sosa en Coyoacán. (La casa colonial donde alguna vez estuvo la famosa Academia de Ballet de Coyoacán.) La adaptación es de Angélica Amparán Román y Sandra Félix, quien la dirige. La puesta en escena es delicada, graciosa. Exhala ese tono fresco de la joven que no ha llegado a la mayoría de edad y que está descubriendo Londres, padeciendo a la tía en sus rigores y estridencias y deslumbrándose con José Carlos que ha ido a Europa con una beca Guggenheim, poeta tabasqueño que ya deslumbraba con apenas treinta y cuatro años.

Uno no puede más que sonreír con los múltiples papeles que representa Miguel Cooper tan pronto mayordomo inglés como profesor conquistador o la vecina con perrito. Lo mismo que Dulce Mariel que es la tía, la amiga cómplice y la señora de la limpieza. En el papel de José Carlos, cuyos poemas participan en la escenificación, el actor Roldán Ramírez y, como Ella, una cálida actuación de Estefanía Estrada. Con elementos muy sencillos, incluso pequeñas piezas del cliché londinense: el autobús colorado, la cabina de teléfono, el Big Ben, el taxi



negro, ambientada con una pista sonora que lleva a la época en la historia, van ocurriendo los movimientos y las acciones. Aunque la verdad de la tragedia se revela desde el principio, uno la olvida mientras transita por la timidez de ella y la audacia de él hasta que Ella toma una decisión. Y a los espectadores-lectores nos comunica el júbilo de ello. La voluntad del amor.

Sin haberlo planeado, coincidí con Silvia Molina en la función: nos sentamos codo a codo. Un privilegio estar al lado de la autora amiga, ahora espectadora, en algún momento piel y ojos de la historia transformada que nos volvía a

comover y que me hacía quererla abrazar ante el dolor y la pérdida y mi asombro por su escritura hecha ahora teatro.

No se la deben de perder. Habrá pocas funciones (29 de octubre y 3 y 10 de diciembre). Recomiendo que lean antes o después la novela La mañana debe seguir gris y que exploren la poesía de la breve vida de José Carlos Becerra; a lo mejor tienen la fortuna de volverse a encontrar a la autora. Me contó que no puede evitar volverse a emocionar con la evocación de la que fue y de aquella ilusión y tragedia convertida en palabras íntimas y públicas. En arte.